

fué el descubrir que se alistaban muchachos hermosos de corta edad, en apariencia para el servicio militar, pero en realidad para servir á los vicios mas abominables de los romanos. Esto lo refiere un romano, el historiador Tácito. Desde el afable Druso habia sido cada dia peor el trato que los romanos daban á los bárbaros y en especial á los germanos. Primero hubieron de experimentar la insolencia de Varo, luego las exacciones cruels de Olenio entre los frisones y á la sazón el colmo del despotismo y de la depravacion que pesaban sobre los bátavos.

Civilis aprovechó este estado de excitacion y logró por medio de agentes secretos que el pueblo se opusiera á la leva, con lo cual quedó declarada la ruptura con Roma. Civilis citó á los principales del pueblo á una reunion en una selva sagrada, tal vez con el correspondiente festin religioso, y cuando vió que estaban excitados, empezó á hablarles de la fama y gloria del pueblo bátavo; luego citó todas las ofensas, exacciones y penalidades que Roma le habia causado, tratándole no ya como pueblo amigo y aliado, sino como esclavo, al cual no consideraba ya digno de mandarles legados simplemente insolentes con crecido séquito que devoraba el país, sino que le enviaba prefectos y centuriones que, apenas estaban hartos de sangre y de robo, eran relevados y sustituidos por otros nuevos y hambrientos, que inventaban nuevas cargas y gabelas para enriquecerse á su vez; y para colmo de males, venia á la sazón la leva que separaba á los hijos de los padres, y al hermano del hermano para siempre. Por otra parte hizo ver que nunca habia estado el poder de Roma tan conmovido y quebrantado como en aquel momento. En los campamentos de invierno solo habia inválidos y los tesoros robados de las provincias; de suerte que si los bátavos abriesen solo los ojos, no les espantaria ya la palabra hueca de legiones, sobre todo cuando ellos disponian de las fuerzas de su pueblo armado, infantería y caballería, de la simpatía de los germanos sus afines y de los galos ardientes en deseos de reconquistar como ellos su libertad; y que hasta entre los romanos existia un gran partido que deseaba un levantamiento para atribuir la culpa á Vespasiano. Concluyó diciendo que en estas empresas la victoria justificaba todo.

Este discurso fué muy aplaudido, y Civilis aprovechó el entusiasmo haciendo jurar á los presentes segun uso tradicional, maldiciéndose á sí mismos en caso de faltar á su palabra, que lucharían con él por la libertad. Hecho esto, se enviaron mensajeros secretos á los caninefatos como pueblo mas afín, para invitarlos á tomar parte en la sublevacion; porque este pueblo formaba parte con los bátavos de la raza cata; su idioma y su valor eran los mismos, solo su número era menor; y habitaban como aquellos en la misma isla bátava. Su jefe natural, ya por su noble estirpe, ya por su valor temerario, era Brino, cuyo padre habia sido el autor de varias estratagemas contra el imperio coronadas siempre de buen éxito, y se habia mofado impunemente de las farsas guerreras de Calígula. Brino fué elegido por jefe, levantado y paseado en el pavés sobre los hombros de su gente. Civilis le puso á la cabeza de todos, á fin de ocultar su participacion y poder trabajar mejor en el éxito de su empresa. Ganáronse tambien á la causa nacional, siempre en secreto, las cohortes bátavas al servicio de Roma que de vuelta de la Bretaña habian sido acuarteladas en Maguncia. Poco costó entenderse con los frisones en la orilla derecha del Rhin, tan maltratados por los funcionarios romanos; de suerte que gracias al concurso de este pueblo tuvo Brino comunicacion con el mar, desde donde pudo caer repentinamente sobre dos pequeños campamentos de invierno de dos cohortes construidos en la isla rhiniana, así como sobre los establecimientos militares mas próximos, y no estando avisa-

das ni preparadas las tropas, tomaron los sublevados los campamentos y los saquearon. En seguida recorrieron la isla capturando y desbalijando á los mercaderes y cantineros romanos que creyendo al país en plena paz, iban y venian cada uno por su lado ejerciendo su industria. Los castillos, amenazados de destruccion, fueron incendiados por sus comandantes, los prefectos de las cohortes que los guarnecian, y que por su número insuficiente no podian pensar en defenderlos. Estos prefectos, llevándose los estandartes y enseñas, se reunieron con sus tropas en la parte Nordeste de la isla rhiniana bajo las órdenes del centurion de primera clase Aquilio, formando un pequeño ejército mas nominal que verdadero, por haberse llevado Vitelio los mejores soldados, y enviado en su lugar gente inútil para el servicio militar sacada de las comarcas próximas de los nervios y germanos.

Civilis fingió no tener nada que ver con la sublevacion; hasta hizo reconvencciones á los comandantes de los castillos por haberlos abandonado, jactándose de que él solo con su gente se comprometia á hacer entrar en razon á los caninefatos y diciendo que las cohortes de los campamentos de invierno debian volver á ellos, cada una por su lado. Como le creyeron fiel, siguieron su consejo; mas no tardó en demostrar la experiencia que Civilis habia dado aquellos consejos para sorprender y destruir mejor, como destruyó, las cohortes una á una, y que el alma y jefe verdadero de la revolucion no era Brino, sino él, cuanto mas que los germanos no habian sabido guardar el secreto. Siendo ya inútil prolongar la ficcion, declaróse abiertamente por la revolucion y en seguida formó tres divisiones de los tres pueblos: frisones, caninefatos y bátavos. No lejos del Rhin presentósele el ejército romano formado en línea de batalla, y á sus espaldas los buques de guerra que se habian llevado las guarniciones de los castillos quemados de la costa y del río; pero apenas habia empezado el combate cuando la cohorte de los tungeros se pasó con sus estandartes desplegados á sus afines germánicos esgrimiendo sus armas contra los soldados romanos, los cuales sorprendidos y atacados por amigos y enemigos no pudieron resistir y fueron degollados. Tácito califica con razon semejante proceder de alevosa traicion; pero los que se sirven, como hicieron Roma y Napoleon I, de todos los medios, de la fuerza bruta como de las arterias, ó fomentando divisiones interiores, no pueden quejarse si les abandonan en un momento dado las tropas mercenarias y contingentes sacados á la fuerza para agregarse á los de su propia raza.

A bordo de los buques sucedió una cosa análoga: los remeros bátavos dificultaban y contrariaban las maniobras de la marinería, al principio como por torpeza, pero de repente remararon en sentido contrario á la órden del jefe, haciendo volver atrás las embarcaciones y embarrancándolas dando con la proa en la orilla. En la lucha que de aquí resultó entre los remeros bátavos y los centuriones y oficiales á bordo, los bátavos mataron á todos los que no querian ceder; de modo que muy pronto toda la escuadrilla, compuesta de 24 velas, estuvo en poder de los revoltosos que la entregaron á Civilis. Con esta victoria adquirió la revolucion por lo pronto crédito y fama, y para el porvenir considerables ventajas, disponiendo ya de los buques y armas que le faltaban.

No hay que decir que la fama de esta accion corrió luego por toda la Galia, entre todos los bárbaros y llegó hasta el confin de la Germania. Los pueblos de las provincias germánicas sometidas á Roma y los de la Germania brava enviaron en seguida mensajeros á Civilis ofreciendo su auxilio armado.

Respecto de los galos, para decidirlos á tomar parte en

la guerra, no escaseó Civilis ningun medio, valiéndose de presentes, de finezas y de la persuasion. Anunció al comandante y á los soldados de las cohortes celtas, que quedaban en libertad de volver á su país, si no preferian seguirle, en cuyo caso les concedia un sueldo elevado, y á los que quisieron irse regaló parte del botin quitado á los romanos, hablándoles antes de su partida, en tono de conversacion amistosa, de las penalidades que durante tantos años habia tenido que soportar su país bajo los nombres hipócritas de paz y de alianza. Díjoles que los bátavos, á pesar de no hallarse cargados de contribuciones como ellos, se habian alzado contra el tirano comun, y derrotado y dispersado en el primer encuentro al enemigo, y que si en esta ocasion Galia sacudiese el yugo, ¿qué poder quedaria á Roma reducida en realidad á Italia? Hasta entonces habia sometido Roma una provincia con las fuerzas de las otras. Las sublevaciones recientes en la Galia habian sido sofocadas por tropas belgas y caballería bátava; de modo que la Galia habia sido vencida realmente por fuerzas galas; pero á la sazón colocaban las circunstancias á galos y bátavos en un mismo terreno en frente de Roma, con la ventaja de que sus cohortes eran las mas instruidas y prácticas del ejército tanto en disciplina y maniobras como en el arte de la guerra que habian aprendido en los campamentos, pues que acababan de vencer hasta á las legiones de Oton. La esclavitud era una condicion de vida en el Oriente, y se podian contentar con ella si querrian la Siria y toda el Asia; pero en la Galia existian todavia muchos hombres que podian acordarse y hablar de la época en que su país no conocia todavia la tributacion romana.

Setenta años antes los germanos arrojaron de su país al extranjero en una sola batalla, la de Varo, y eso que entonces tenian que habérselas con un emperador que se llamaba Augusto, y no con un Vitelio como ellos. ¡Pluguiera el cielo, añadió Civilis, que la Galia auxiliase al pueblo valiente y arrojado que se habia alzado contra los romanos, y pudieran reunir ambos sus robustas y ágiles fuerzas contra el extranjero, ocupado en tantas otras cosas, atropellado y exhausto! Mientras en el imperio peleaban los unos por Vitelio, y los otros por Vespasiano, era la ocasion de desembarazarse de ambos.

De este modo calculaba ya el atrevido caudillo atraerse la Germania y la Galia, y quizá, saliéndole bien su empresa, constituir con ambos países un nuevo y vasto imperio. Era la idea en el fondo que desde Marobodo y Arminio se habia presentado á todos los hombres de genio emprendedor que ambicionaban hacer y lograr aun algo mas que expediciones de rapiña en las provincias romanas; es decir la idea de la fundacion de una monarquía bática para reunir las fuerzas de numerosas tribus y pueblos en una sola potencia.

El lugarteniente romano Hordeonio Flaco se mantuvo desde el principio en la inaccion, á pesar de los manejos de Civilis, y cuando llegaron los mensajeros portadores de noticias tan fatales como la pérdida de dos campamentos, la destruccion de las cohortes de aquellos distritos, y la completa expulsion del elemento romano de toda la isla bátava, tomó medidas del todo insuficientes, contentándose con mandar á su general legado Mumio Luperco que marchara contra el enemigo con las dos legiones que tenia á sus órdenes acuarteladas en un campamento de invierno. El general se apresuró á pasar desde la orilla derecha del Rhin á la izquierda legionarios ubios de las cercanías, jinetes treverios y un escuadron de caballería bátava. Tan poca era la importancia que daban los jefes romanos al movimiento, que Mumio Luperco no titubeó en enviar la tropa bátava contra sus mismos hermanos, creyendo que la fuerza de la disciplina

superaría á los sentimientos de sangre y de su nacionalidad; pero el mal era en este caso que estas tropas estaban ya ganadas de antemano para la insurreccion con órden de no darlo á entender hasta la primera accion para dejar mas consternados á los romanos y derrotarlos mas fácilmente. Así fué en efecto. No tardaron en hallarse frente á frente los dos ejércitos, y Civilis para desanimar mas á los legionarios y dar brio á los suyos, paseó por delante de ellos los estandartes quitados á las dos cohortes aisladas y sorprendidas. A espaldas de su ejército habia colocado á su madre, sus hermanas, las mujeres é hijos menores de todos los hombres armados y formados en batalla, á fin de aumentar su valor y prevenir su huida, conforme la costumbre antigua germánica. En esto alzaron los germanos, hombres y mujeres, su usual gritería y cánticos de guerra, á los cuales contestaron los legionarios y las cohortes con otros gritos menos fuertes. Iban ya á precipitarse unos contra otros cuando de improviso la caballería bátava partiendo al galope abandonó la línea romana y se pasó á sus compatriotas dejando al descubierto el ala izquierda. Un momento despues se generalizó la accion. Los valientes y aguerridos legionarios en grandísimo aprieto se sostuvieron firmes en sus filas, pero quedaron aislados, porque las tropas auxiliares, compuestas de ubios y treverios, se dispersaron en vergonzosa fuga perseguidas por los germanos sublevados. Las legiones emprendieron su retirada y lograron llegar al gran campamento de Vétéra (cerca de Xanten). El jefe de la caballería Claudio Labeon, paisano y rival de Civilis en su ciudad natal, cayó en poder de este y fué llevado á bordo de un buque á la Frisia; porque su muerte habria excitado contra Civilis á todo su numeroso partido.

Los nombres de estos caudillos prueban cuánto progreso habia hecho ya entre los bátavos la romanizacion, y lo prueba tambien la construccion de una gran poblacion (*oppidanum certamen*), dice Tácito, que cuida de hacer la distincion entre esta poblacion y la ciudad (*civitas*). Al mismo tiempo los cánticos guerreros, y la costumbre de poner á las mujeres y á los niños detrás del ejército, muestran que por otro lado no estaban abandonados los usos germánicos.

La sublevacion cundió y extendióse mas y mas entre las tropas germánicas que bajo el nombre de auxiliares formaban parte de los ejércitos romanos; demostrando ya claramente el peligro que el imperio alimentaba con ellos en su seno. Citaremos un ejemplo:

Unas cuantas cohortes de soldados bátavos y caninefatos marchaban á Roma por órden de Vitelio cuando las alcanzó un mensajero de Civilis y les hizo saber las últimas ventajas obtenidas. En seguida trataron de aprovecharlas negándose á seguir mas adelante si no se les hacia un regalo en dinero, si no se les doblaba el sueldo y se aumentaba el número de individuos montados; cosas todas que Vitelio les habia prometido. El lugarteniente del emperador Flaco les hizo grandes concesiones, pero solo logró con ellas nuevas exigencias, mayores y mas acaloradas. Los amotinados sabian que no podia acceder á ellas y buscaban un pretexto para volverle la espalda, como lo hicieron, para tomar parte en el movimiento de Civilis. Flaco no sabia qué hacer; celebró un consejo con los tribunos y centuriones, pero vió á todos tan desanimados, á las demás tropas auxiliares tan poco seguras, y á las legiones compuestas de individuos bisoños, resultado de una leva muy precipitada, que resolvió renunciar á hacer entrar en obediencia á las cohortes sublevadas. Despues los mismos consejeros consultados le hicieron reconvencciones por su debilidad y entonces determinó á perseguir á los revoltosos enviando órdenes al legado Herenio Galo, jefe de la primera legion acantonada en Bonn, para que

impidiera á las cohortes el paso á la isla bátava, diciendo que él iba con sus tropas detrás para cogerlas así entre los dos. Esto hubiera sucedido si ambos generales hubiesen obrado con puntualidad y energía; pero Flaco cambió de idea, abandonó la persecución y envió contraórden á Bonn para que se dejara pasar á los amotinados.

Esta indecisión dió naturalmente lugar á que se sospechara de los legados, suponiéndolos en connivencia con Civilis para combatir á Vitelio, y se creyese que las desgracias ocurridas, como las que todavía podían sobrevenir, no eran de ningún modo culpa de las tropas, sino resultado de la traición de sus jefes.

Cuando las cohortes pronunciadas se aproximaron al campamento de Bonn, mandaron á uno de los suyos delante para decir al general Herenio Galo que ellos de ningún modo trataban de volver sus armas contra Roma, en cuyo favor habían hecho tantas campañas, sino que cansados de tan prolongado y tan poco remunerado servicio, estaban deseosos de volver á su país y descansar de las fatigas; que si no se les molestaba harían su camino sin incomodar á nadie, pero si se les opusiese fuerza armada, se abrirían camino con sus espadas.

No sabía qué hacer el general; pero sus tropas le instaban á hacer uso de las armas, y en su consecuencia salieron por todas las puertas á la vez, á fin de rodear al enemigo, los 3,000 legionarios del campamento y con ellos muchas cohortes formadas precipitadamente de belgas, amén de una gran multitud de labradores, cantineros y personal del tren, todos muy valientes antes del combate, y mucho mas numerosos que las cohortes bátavas, las cuales en cambio tenían la ventaja de ser gente aguerrida. Al ver que iban á ser atacados formáronse los bátavos en cuña compacta, prontos á rechazar el ataque de cualquier lado que viniese, y atacando á su vez. No pudieron resistir los belgas y cedieron; la legión hizo lo mismo y en tropel procuraron los fugitivos llegar á tiempo á las puertas y obras del campamento; pero fueron alcanzados antes de entrar y pronto se llenaron los fosos con sus cadáveres, porque muchos murieron en la masa apiñada, ya aplastados, ya heridos ó atravesados por sus propias armas ó las de sus compañeros.

Siguieron los vencedores su camino evitando sin embargo la plaza de Colonia muy fortificada y absteniéndose en toda la marcha de atropellar á nadie, disculpándose en todas partes de la batalla de Bonn como librada en defensa suya, y diciendo que si entonces ó en alguna otra circunstancia habían hecho uso de las armas, había sido porque no se les quería dejar pasar. No querían declararse abiertamente contra el imperio ni tampoco se declaró el mismo Civilis cuando con estas cohortes veteranas se vió ya á la cabeza de un ejército en toda regla, porque tratando de reservarse una salida para un caso de necesidad, hizo jurar á toda su tropa fidelidad al emperador Vespasiano.

Hizo mas, que fué invitar á prestar el mismo juramento á las dos legiones que pudieron llegar hasta Vétera, pero estas contestaron que «las legiones no admitían consejo ni de traidores ni de enemigos, que su emperador era Vitelio, al cual guardarian fidelidad hasta la muerte; y que el tránsfuga bátavo no tenía derecho á erigirse en árbitro ni juez de cuestiones entre romanos, debiendo por el contrario aguardar el castigo merecido por sus crímenes.»

Furioso por esta contestación, Civilis puso sobre las armas todo el pueblo bátavo, al cual se reunieron los brúcteros y teucteros, mientras sus agentes excitaban á los germanos bravos á tomar parte en la gloria de los combates y en la conquista del botín.

Los dos generales de las legiones se prepararon á su vez

para resistir á tanto enemigo como amenazaba por todos lados, completando y armando las murallas, baluartes y demás obras defensivas del campamento de Vétera, muy fuertes ya, como todas estas obras principales del arte militar romano. Arrasaron obras de defensa exteriores y próximas



Enseña guerrera germánica en forma de serpiente que hecha de telas de color y llevada en alta asta debía llenarse de aire y moverse con el viento. El grabado está tomado de los relieves de la columna Trajana y representa dacios; pero por el mismo estilo es permitido figurarse las enseñas de los otros bárbaros.

al campamento que en un largo período de paz se habían ido poblando y aumentando con construcciones de particulares hasta parecer una pequeña ciudad; mas por desgracia no se habían tomado medidas para aprovisionar la plaza á tiempo, y ya se iban aproximando los enemigos subiendo por el río con los buques y cuerpos de combatientes de germanos bravos en ambas orillas para impresionar mas á las legiones, mientras la caballería exploraba en guerrilla los dos flancos. El historiador romano menciona siempre por separado á los germanos bravos de la orilla derecha del Rhin, señal de que los bátavos debían de estar ya muy romanizados, y por otra parte llénase de horror al describir el espectáculo que ofrecían las nobles enseñas romanas de las cohortes veteranas tránsfugas al lado de las bárbaras imágenes guerreras de monstruos de los germanos sacados de sus bosques y sotos sagrados, y todos para ir á atacar las legiones fieles y sembrar la guerra civil por donde pasaban.

La defensa del campamento era difficilísima por su grande extensión, calculada para dos legiones, mientras entonces la guarnición apenas llegaba á 5,000 hombres; pero se utilizaron también los traficantes hábiles que de todos los alrededores se habían refugiado allí al romperse las hostilidades. La historia de este sitio es un interesantísimo ejemplo de la superioridad militar romana en el ramo de fortificaciones y de su defensa contra los germanos hasta en las circunstancias mas desfavorables interiores y exteriores. Solo al cabo de siglos aprendieron los germanos de estos maestros algo del arte racional de sitio y de defensa.

Una parte del campamento se hallaba en el llano y la otra subía la suave pendiente de una colina, «porque, escribe Tácito, al construir Augusto estos campamentos fortificados de invierno no había tenido otra idea mas que dominar y amenazar desde ellos las provincias de la Germania; pero jamás le ocurrió á él ni á nadie que algun día los bárbaros llegarían á atacar á nuestras legiones en estas plazas fuertes.»

¿Qué habría dicho este autor si algunas generaciones después hubiese visto á los germanos inundar todo el Norte del imperio?

Así es que no respondían ya los baluartes de tierra ni el emplazamiento topográfico á las nuevas circunstancias, distintas de las antiguas.

Los bátavos y los germanos del otro lado del Rhin acamparon por separado á fin de juzgar mejor del valor de cada pueblo por sí, y por lo pronto se limitaron ambos á un ataque á distancia; pero á pesar de esto recibieron frecuentes descargas de pedazos de roca que arrojaban sobre ellos los romanos con sus balistas, mientras que los proyectiles de los bárbaros no hacían mella en las torres y almenas de las murallas; de modo que se decidieron por el asalto. Para esto hicieron gran número de escalas, y para que llegaran á mayor altura las colocaron hasta sobre su infantería que á este efecto formaba con sus escudos un techo sobre sus cabezas. Algunos llegaron ya á la parte alta; pero las espadas y escudos de los defensores hirieronlos y empujándolos, las vigas que los aplastaban y las picas que atravesaron á muchos, les hicieron desistir por el momento aunque no renunciar á sus tentativas. «La sed del botín», dice Tácito, suponiendo sin fundamento que solo este motivo les guiaba, les había enseñado á tener también perseverancia, y hasta emplearon esta vez máquinas de sitio, lo que jamás había sido costumbre suya. En efecto, algunos tránsfugas y prisioneros les enseñaron á construir una especie de puente volante de tablas, montado sobre ruedas, que arrimado á las murallas permitía á unos cuantos colocarse á la altura necesaria para combatir desde allí, mientras otros ocultos debajo trabajaban socavando los muros. Las piedras y balistas de los sitiados destruyeron la tosca máquina, y lo mismo sucedió con los «emparrados», nombre que se daba á enrejados hechos de mimbre, que los sitiadores hicieron para acercarse debajo de ellos á las fortificaciones, porque las saetas incendiarias arrojadas con balistas pusieron fuego á estos escudos y aun á la gente que estaba debajo.

Con esto renunciaron los insurrectos al asalto y resolvieron rendir la plaza por hambre, enterados como estaban de la escasez de las provisiones que apenas podían bastar para unos cuantos días mas, atendida la mucha gente inútil para la defensa que se había recogido dentro. Además esperaban que la insuficiencia de los alimentos facilitaría la traición, sin contar con la dudosa fidelidad de los esclavos ni con los sucesos imprevistos que pudieran ser favorables á los sitiadores.

El representante del imperio en todo el país rhiniano, Hordeonio Flaco, hombre viejo, achacoso, timorato, indeciso y odiado, era sospechoso además de estar en connivencia con Civilis á favor de Vespasiano. Los soldados irritados pedían su muerte. Al saber que Vétera estaba cercada había dispuesto al momento nuevas levas en la Galia y mandado al general legado Dilio Vócula, jefe de la legión décima-octava y hombre perito y activo, con legionarios escogidos, á socorrer la plaza. Vócula iba por desgracia con reducida tropa, á marchas forzadas y siguiendo la orilla derecha del río. Esta fué otra medida mas fatal que útil por su insuficiencia y por el desmembramiento de fuerzas, y que solo sirvió para aumentar los bríos de los insurrectos y la irritación de los legionarios. Al llegar el cuerpo expedicionario á Bonn, los soldados de la primera legión, furiosos de su derrota, echaban la culpa á Flaco, diciendo que les había dado órden de atacar á los bárbaros á su paso, prometiéndoles que desde Maguncia les enviaría tropas, y que cuando llegó el caso de atacar les había dejado abandonados y sin auxilio. Naturalmente atribuían esta conducta á una traición contra el

emperador Vitelio, con cuyo motivo se hizo tan general é imponente el descontento, que cuando Flaco llegó á Colonia vióse forzado á ceder á la voluntad de la tropa y entregar el mando á Vócula.

Con esto, sin embargo, no pudo mejorarse mucho la situación; no había medios de dar ni la paga ni víveres suficientes á las tropas; los habitantes de la Galia se oponían á la nueva leva y á pagar la contribución, y para colmo de desgracia bajó entonces el nivel de las aguas del Rhin como apenas jamás se había visto, imposibilitando el tráfico fluvial y el consiguiente abastecimiento por este lado. Los germanos al saberlo acudieron de todos lados para aprovechar la ocasión y pasar el río por los vados, de modo que fué menester formar cordón á lo largo de toda la corriente para impedirlo, aumentando así extraordinariamente el número de hambrientos en la orilla derecha. Agregábase á esto que sufriendo cruel escasez el pueblo ignorante, veía en la extraordinaria baja de las aguas un signo ominoso de que hasta los ríos, la antigua guarda de las fronteras, abandonaban á los romanos, y el destino y los dioses se volvían contra ellos.

Bajó la expedición hasta Neuss (Novesium) donde se le incorporó la legión décimasexta á las órdenes de Herenio Galo, que se puso á las de Vócula. No se atrevieron todavía á marchar contra el enemigo y formaron en Geldep (Gelduba) un campamento para mejorar primero la disciplina, instrucción y energía de las tropas con ejercicios y construcción de obras de tierra, fosos y terraplenes. A fin de levantar su espíritu y dar algun cebo á su codicia, hizo Vócula con una parte de las tropas una excursión á las comarcas próximas de los gugerinos (1) que hacían causa común con Civilis, dejando entre tanto el campamento á cargo de Herenio Galo con el resto de la tropa; pero quiso la desgracia que en esto subiera arrastrándose como podía por la corriente baja un buque romano cargado de cereales y que al verlo los germanos corrieran en número siempre creciente para apoderarse de él y sacarlo á la orilla. Galo mandó algunas cohortes para proteger la embarcación, pero fueron impotentes contra el gran número de germanos hambrientos que les derrotaron y se llevaron el barco. Esta nueva derrota acrecentó la indignación de las tropas, las cuales atribuyeron la culpa al general legado que las mandaba, es decir, á Galo, á quien maltrataron cruelmente, no entrando en órden, y esto por poco tiempo, hasta que regresó Vócula de su expedición.

Mientras que esto pasaba con el ejército expedicionario destinado á socorrer á las legiones encerradas en Vétera, hacia Civilis cada día mayores progresos y se iba aumentando el número de sus soldados y parciales que acudían de toda la Germania, ofreciéndole los pueblos su cooperación y dándole en garantía los rehenes mas nobles y distinguidos. Empleó estos contingentes para devastar los territorios de los ubios y treverios, mientras enviaba tropas al otro lado del Mosa para devastar los de los menapios, morinos y las comarcas extremas de la Galia, saqueando, matando é incendiando en todas partes, pero encarnizándose sobre todo en los ubios, porque habían renunciado á su nacionalidad de germanos y héchose romanos cambiando hasta su nombre nacional por el de agripenses. Había motivo para odiarlos, pues eran los que habían dado el primer ejemplo entre todos los germanos de renegar de su raza é incorporarse al imperio, auxiliándole ya cuando César pasó el Rhin y llevó sus armas contra los germanos de la otra orilla. Sus hombres

(1) Según Plinio los gugerinos vivían en la orilla derecha entre los ubios y los bátavos.